

## LA «IDENTIDAD NACIONAL» Y LA HISTORIOGRAFÍA FRANCESA

Gérard Noiriel \*

El tema de la «identidad nacional» está hoy en el centro de las preocupaciones no solo de los hombres políticos, sino también de los intelectuales. Artículos, obras y coloquios cada vez más numerosos están consagrados en todo el mundo a esta cuestión. En Francia, es el último libro de Fernand Braudel<sup>1</sup> el que ha legitimado, entre los historiadores, el empleo de una expresión de la que ellos antiguamente desconfiaban. Las investigaciones recientes han demostrado, en efecto, que esta expresión no era neutra. Ella se impuso en la prensa y en la opinión pública bajo el impulso de los ideólogos de la extrema derecha (Frente Nacional)<sup>2</sup>.

Efectivamente, las definiciones de «identidad nacional» que son propuestas por la mayoría de los investigadores rechazan con fuerza las connotaciones nacionalistas transmitidas por la extrema derecha. No obstante, R. Koselleck ha demostrado que la elección de las palabras no es jamás neutra, porque el lenguaje transmite significaciones múltiples que constituyen, en el presente, una especie de eco de las luchas sociales del pasado<sup>3</sup>. En estas condiciones, una de las dimensiones esenciales del trabajo crítico que atañe a los intelectuales es la de interrogarse sobre la historia de los términos que ellos emplean para intentar dominar más firmemente el sentido. Este es el objetivo que persigue el presente artículo<sup>4</sup>.

---

\* Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

<sup>1</sup> F. Braudel, *L'IDENTITÉ DE LA FRANCE*, Arthaud-Flammarion, 1986, t.1.

<sup>2</sup> Cf. especialmente S. Bonnafous, *L'IMMIGRATION PRISE AUX MOTS*, Ed. Kimé, 1992.

<sup>3</sup> R. Koselleck, *LE FUTUR PASSÉ. CONTRIBUTION A LA SÉMANTIQUE DES TEMPS HISTORIQUES*, Ed. EHESS, 1990.

<sup>4</sup> Una versión ligeramente distinta fue publicada en francés en J. Chevalier (ed.), *L'IDENTITÉ POLITIQUE*, pp. 294-305.

1. MICHELET Y RENAN, PADRES FUNDADORES DE LA REFLEXIÓN HISTÓRICA  
SOBRE LA «IDENTIDAD NACIONAL»

Si bien la expresión «identidad nacional» es de aparición reciente en el vocabulario de los historiadores, las cuestiones que ella recupera han sido abordadas desde el siglo XIX. Es verdad, sin embargo, que entre todos los historiadores que se han interesado en la historia de la nación francesa, son poco numerosos quienes han privilegiado la reflexión acerca de la identidad. En la mayor parte de las *Historias de Francia*, en efecto, el objeto «Francia» no se cuestiona. Es un presupuesto, una realidad dada desde el principio. A la inversa, los análisis en términos de identidad nacional parten del principio de que la unidad de la nación (o del pueblo), lejos de ser una evidencia, constituye un *problema*. Entre los investigadores históricos que responden a este planteo sólo he retenido aquellos que presentaban una articulación de dos dimensiones esenciales que, según Paul Ricoeur, definían la identidad de las personas<sup>5</sup>. La primera concierne a lo que él llama «la identidad de uno mismo». Es la identidad en el sentido objetivo del término, podría decirse. Ella se demuestra mediante un trabajo de identificación tendiente a destacar (sobre todo gracias al método comparativo) los rasgos pertinentes que definen X a la vez como uno y como único. La segunda dimensión concierne a «la identidad de sí mismo». Atañe a la forma pronominal de la identificación, en el sentido de cómo el individuo se identifica con una imagen de sí mismo que supone una continuidad en el tiempo, una memoria, en síntesis, la presencia de su pasado en su presente. Es la dimensión subjetiva de la identidad, que pone en juego a la vez elementos conscientes e inconscientes.

Es sin duda porque ha sido el primero en definir explícitamente a Francia como una «persona» que Michelet ha logrado, por primera vez, integrar los principales elementos que componen la identidad personal en su definición de la nación. Yo me limitaré aquí al análisis de *Tableau de la France*<sup>6</sup> que constituye el Libro III de su voluminosa *Histoire de France*, porque contiene lo esencial de la problemática que él desarrollará más adelante. En esta obra, Michelet comienza por explorar la «identidad de uno mismo» comenzando por describir las distintas regiones de Francia. Es esto lo que le permite, de paso, evidenciar los caracteres originales de su «personaje». Pero si puede afirmar, en la conclusión del libro, que «Inglaterra es un imperio; Alemania un país, una raza; Francia es una persona»<sup>7</sup>, es porque él combina esta descripción geográfica con una reflexión sobre «la identidad de sí mismo». La nación francesa es una porque ella tiene conciencia de su pasado. Gracias a las luchas históricas que las han conducido juntas contra el adversario común, las diferentes razas que poblaban la antigua Francia son fundidas progresivamente en el seno de una misma «nacionalidad» (término que corresponde en Michelet a lo que nosotros llamamos hoy identidad nacional). «A fuerza de estrecharse frente al enemigo, las provincias se han transformado en un pueblo. Fue al ver de cerca a los ingleses que ellas han sentido que eran Francia. Una nación, como un individuo, conoce y distingue su personalidad por la

---

<sup>5</sup> P. Ricoeur, *SOI-MÊME COMME UN AUTRE*, Seuil, 1990.

<sup>6</sup> J. Michelet, *LE TABLEAU DE LA FRANCE*, Olivier Orban, reed. 1987, con un prefacio de Georges Duby.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 137.

resistencia contra lo que no es ella, remarca lo propio por lo no propio.»<sup>8</sup>

Francia aparece de este modo, ante Michelet, como un organismo evolucionado, que se desarrolló progresivamente bajo el impulso de un «centro nervioso» (la capital) que integró progresivamente los elementos periféricos. Es esto lo que lo induce a concluir que Francia es «el país del mundo donde la personalidad nacional más se aproxima a la personalidad individual». Michelet subraya, sin embargo, que las provincias continúan fuertemente marcadas por su pasado porque las características de sus razas iniciales no han desaparecido totalmente. Si insiste sobre este punto es para probar, sobre todo, que la «identidad nacional» no es una realidad cristalizada, definida de una vez para siempre, sino un combate dialéctico entre las periferias y el centro, la sombra y la luz, el pasado y el presente, las fuerzas del mal y las fuerzas del bien<sup>9</sup>. Es porque, a sus ojos, Francia encarna este proceso y que éste es, por definición, sin fin, que Michelet puede afirmar que ella se transforma en «la patria de lo universal».

La reflexión de Michelet sobre la identidad nacional puede considerarse fundadora. Las generaciones ulteriores de historiadores no podrán abordar este tema sin hacerle referencia. Sin embargo, el análisis desarrollado por Renan en su célebre conferencia de 1882 sobre la nación<sup>10</sup>, otro texto emblemático, ilustra en el fondo una ruptura decisiva en relación con su predecesor. Antes de entrar en el detalle del análisis, es necesario decir una palabra sobre las condiciones que ha conocido la sociedad francesa entre mediados y fines del siglo XIX. La más importante se relaciona con la integración de las clases populares en el seno del Estado-nación. Con la expansión del sufragio universal bajo la III<sup>a</sup> República, es el principio democrático el que ha triunfado. Como lo ha señalado Carl Schmitt<sup>11</sup>, la legitimidad política de la monarquía reposa sobre la aceptación de una diferencia cualitativa, una diferencia de esencia entre el soberano y sus súbditos. Con la democracia (tal como la define, por ejemplo, J.J. Rousseau) es, a la inversa, el principio de identidad entre gobernantes y gobernados el que se impone. Este principio está fundado sobre la idea de una igualdad sustancial entre los dominadores y los dominados. En un régimen democrático, en efecto, los gobernantes no se distinguen *del* pueblo sino *por* el pueblo. A esto se añade una nueva concepción de la representación política; concepción «metonímica» podría decirse, ya que la parte vale por el todo: el elegido no representa solamente a sus electores, sino a la nación entera. La puesta en acción de la lógica democrática tiende así a imponer la idea de que la nación constituye, en el plano político, todo, al menos un todo homogéneo. La elaboración de las imágenes nacionales, bandera, himno y símbolos diversos que acompañan los procesos de democratización concretan, en el plano político, esta voluntad unificadora.

---

<sup>8</sup> Ibid., p. 126.

<sup>9</sup> No debe olvidarse que esta obra está escrita en pleno período romántico.

<sup>10</sup> E. Renan, QU'EST-CE QU'UNE NATION?, Presses Pocket, col. *Agora*, 1992, reed.

<sup>11</sup> C. Schmitt, THÉORIE DE LA CONSTITUTION, PUF, 1993, ed. francesa; con un prefacio de O. Beaud. Es innegable que la hostilidad que pensadores conservadores como F. Le Play, H. Taine o C. Schmitt han demostrado hacia la democracia les ha permitido aclarar algunas de las contradicciones de la vida política moderna. Los investigadores de hoy tienen, entonces, derecho de utilizar estos elementos en su reflexión sin dar fe ni hacerse cargo, por ello, de las conclusiones políticas prácticas que estos autores han sacado de sus observaciones.

El triunfo, en el curso del siglo XIX, del «principio de las nacionalidades» constituye una de las mayores consecuencias de la aplicación de los ideales democráticos. Como lo subraya Renan en su respuesta al historiador alemán David-Frédéric Strauss en 1870, «está claro que, desde que se ha rechazado el principio de la legitimidad dinástica, no hay otra cosa, para dar una base a las delimitaciones territoriales de los Estados, que los derechos de las nacionalidades, es decir, de los grupos naturales determinados por la raza, la historia y la voluntad de las poblaciones.»<sup>12</sup> En lo sucesivo, la cuestión de la «identidad nacional» no es más sólo ni principalmente un problema filosófico que interese al pequeño mundo de los intelectuales; ella se transforma en una «cuestión de Estado», un punto esencial del derecho internacional que necesita, para quienes hablen en nombre de una nacionalidad, aportar «pruebas» susceptibles de convencer a los jueces (es decir, a las grandes potencias).

Si se puede considerar que la conferencia de Renan forma parte de la problemática que hemos definido más arriba, es porque ese texto, como el de Michelet, trata de explicar el proceso histórico gracias al cual conjuntos heterogéneos y dispares han podido fundirse en el seno de la nación francesa. Se recupera la idea de que el pueblo francés es el resultado de un proceso histórico que ha conducido a la «fusión» de las razas. Pero las conmociones evocadas anteriormente y el contexto de enfrentamiento entre Francia y Alemania a propósito de Alsacia y Lorena explican el lugar esencial que ocupa en la conferencia de Renan la discusión sobre los *criterios* que justifiquen la existencia de una nación. Esto es lo que lo lleva a rechazar los argumentos de la raza, de la lengua, de la religión, etcétera, para retener los de la libre expresión de los individuos afectados. Al mismo tiempo, Renan pide que se deje de razonar a partir de entidades colectivas para interesarse más en las personas concretas. «Se habla del derecho de Francia, del derecho de Alemania», escribe en su segunda carta a Strauss. «Estas abstracciones nos afectan menos que el derecho que tienen los alsacianos, seres vivientes, de carne y hueso, a no obedecer más que a un poder consentido por ellos.»<sup>13</sup> Denunciando claramente la argumentación étnica de los historiadores alemanes, que el nazismo desarrollará hasta la caricatura para justificar sus empresas imperialistas, Renan tiene el honor de haber sabido defender una concepción de la identidad nacional que se mantuvo hasta el final fiel a los principios de la democracia. Esto no debe, sin embargo, impedirnos subrayar sus ambigüedades. Habida cuenta del contexto, Renan está en la obligación de integrar en su reflexión el problema de la homogeneidad del pueblo. Según él, el criterio que funda la pertenencia a la nación es un «principio espiritual» que necesita «dos cosas que en verdad no son sino una [...] Una es la posesión común de un rico legado de recuerdos; la otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de continuar haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa.»<sup>14</sup> Se vuelve a encontrar aquí el tema de la «nación-persona», pero en una construcción nueva: «la nación como el individuo es el resultado de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificio y de abnegación. El culto de los ancestros es, de lejos, el más legítimo; los ancestros nos han hecho lo que nosotros somos.» Y para que las cosas se vean claras, Renan retoma en este sentido el viejo

---

<sup>12</sup> Citado en anexo de E. Renan, QU'EST-CE QU'UNE NATION?, op.cit., p. 120.

<sup>13</sup> Ibid., p. 156.

<sup>14</sup> Ibid., p. 54.

canto espartano: «nosotros somos lo que ustedes fueron; nosotros seremos lo que ustedes son». No puede dejarse de subrayar el hecho de que en lo sucesivo la identidad nacional está fundada sobre una identificación entre el mundo de los muertos (los franceses del pasado) y el mundo de los vivos (los franceses del presente). En esas condiciones, el «plebiscito de cada día» concierne sólo a quienes tienen un pasado común, es decir, a quienes tienen las mismas «raíces». La identidad de sí mismo se define pues, ahora, por referencia a los ancestros y a la continuidad genealógica; Michelet haría un razonamiento inverso afirmando que es luchando contra sus orígenes que la nación desarrolla su identidad. Remarca así que la Bretaña que habla bretón se transforma en el siglo XIX en un país «totalmente extraño al nuestro, justamente porque ha permanecido muy fiel a nuestro estado primitivo; pocos franceses son galos.»<sup>15</sup> Si uno compara ahora la definición de la «identidad de uno mismo» en los dos autores, el contraste es asimismo manifiesto. Para Renan, aún cuando está implícito, el «sentimiento de pertenencia» que funda la identidad nacional es un flujo homogéneo, sin mezcla, que no varía de intensidad. Es idéntico para todos los franceses, en todas las clases, de norte a sur y de este a oeste. Porque, según él, amputar a la nación uno de sus miembros es destruirla enteramente: «que Francia pierda Alsacia y Lorena y Francia no es más» exclama en septiembre de 1870, en un artículo de la *Revue des Deux Mondes*<sup>16</sup>. Definiendo la identidad nacional como la lucha de los contrarios, Michelet, a la inversa de Renan, insiste sobre la heterogeneidad de los sentimientos políticos que atraviesan la nación. Michelet afirma explícitamente que la «Francia alemana simpatiza [...] con Alemania, su madre». Evoca a continuación esos «dos pueblos que no son realmente españoles ni franceses: los vascos al oeste, al este los catalanes y habitantes del Rosellón». Concluye que «sin embargo, una de las grandezas de Francia es que sobre todas sus fronteras tiene provincias que incorporan al genio nacional algo del genio extranjero. A Alemania ella opone una Francia alemana, a España una Francia española, a Italia una Francia italiana.»<sup>17</sup>

Si Renan es inducido, en el curso de su polémica, a insistir sobre el rol jugado por los «ancestros» en el desarrollo de la identidad nacional, esto es en razón al lugar privilegiado que atribuye, como lo hemos visto, a los individuos «de carne y hueso». Michelet se contentaba, para explicar la transmisión del pasado de una época a otra, con principios y entidades colectivas abstractas. Renan está forzado a producir una explicación de tipo «sociológico» susceptible de demostrar concretamente cómo el recuerdo histórico se transmite de un individuo a otro, de una generación a la siguiente. De ahí el recurso de la argumentación genealógica que encuentra eco, implícitamente, en los trabajos científicos sobre la herencia, que están tan en boga.

---

<sup>15</sup> J. Michelet, TABLEAU, op.cit., p. 32.

<sup>16</sup> E. Renan, "La guerre entre la France et l'Allemagne", retomado en QU'EST-CE QU'UNE NATION, op.cit., p. 98.

<sup>17</sup> J. Michelet, TABLEAU, op.cit., p. 32.

## 2. LA IDENTIDAD NACIONAL COMO OBJETO DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

A pesar de todo lo que los opone, Michelet y Renan son, en cuanto historiadores, hombres de la misma época. A fin de siglo la aparición de la universidad republicana transforma radicalmente el campo del saber. Fundada sobre el culto a la ciencia, ella impulsa el desarrollo de disciplinas especializadas y la división del trabajo intelectual, que conduce a una separación cada vez más tajante entre las ciencias humanas (que agrupan disciplinas en lo sucesivo rivales como la historia, la filosofía y la sociología) y las ciencias jurídico-políticas. Esta «profesionalización» del mundo universitario provoca la desaparición de figuras universales, tales como Michelet o Renan, que eran a la vez historiadores, filósofos, escritores y militantes políticos, y su reemplazo por una nueva generación de historiadores especializados. Esta evolución no pone término a la reflexión sobre la identidad nacional. Pero ella se difracta en función de los dominios disciplinarios. Lo que mejor ilustra esta nueva manera de aprehender la identidad nacional se encuentra en la obra del geógrafo Paul Vidal de la Blache y particularmente en su *Tableau géographique de Francia*, tercer texto emblemático que hemos seleccionado aquí. Historiador de formación, Vidal de la Blache es el fundador de la geografía humana en Francia. Pero su influencia será grande también sobre la historia política, por intermedio de André Siegfried, y sobre la historia social puesta en marcha a partir de los años treinta por los *Annales*. El *Tableau géographique*, publicado en 1903, constituye el primer volumen de la monumental *Histoire de France* dirigida por Ernest Lavisse. Se trata de un libro que reflota también la problemática de la identidad, ya que persigue los mismos objetivos que los textos de Michelet y Renan, pero más altos aún: demostrar cuáles son los fundamentos de la unidad nacional. Pero, a causa de la especialización universitaria, el objetivo central de Vidal es el de probar que la geografía aporta una contribución específica a esta reflexión sobre la identidad. Esto es así porque al seguir de entrada los pasos de Michelet, afirmando que «Francia es una persona», Vidal precisa al mismo tiempo que «el término personalidad pertenece al dominio y al vocabulario de la geografía humana». Toda la primera parte del libro está consagrada, por lo demás, a la «personalidad geográfica de Francia». Si Vidal de la Blache afirma, como Michelet y Renan, que esta identidad no es «algo dado de entrada por la naturaleza», su explicación es inédita hasta aquí: la interacción entre el hombre y la naturaleza. Según él, «es necesario partir de la idea de que una comarca es una reserva donde duermen las energías que la naturaleza ha depositado en germen, pero cuyo empleo depende del hombre. Es él quien dominándola pone en evidencia su individualidad [...] Es así, entonces, que una comarca se hace específica y se diferencia y se transforma en una medalla acuñada con la efigie de un pueblo».<sup>18</sup> Este pasaje es suficiente para hacer comprender las razones que llevaron a Vidal de la Blache a privilegiar en su demostración el estudio de la «fisonomía» (tema muy recurrente en su pluma) de Francia<sup>19</sup>. Si ella es única, es en primer lugar a causa de sus

---

<sup>18</sup> Vidal de la Blache, LA FRANCE. TABLEAU GÉOGRAPHIQUE, Hachette, 1908 reed., p. 6.

<sup>19</sup> La insistencia sobre la forma es muy grande, ya que el "saber ver" caracteriza a partir de ahora la competencia del geógrafo está ilustrada por un gran número de fotografías gracias a las cuales, escribe Vidal, el "placer de filosofar se une al de ver". Y agrega, "lo cual pone en condiciones de descifrar estos indicios satisfactoriamente, de apreciar un encadenamiento y un trabajo progresivo en los casos en los que la naturaleza sería muda e insignificante para otros" (p. VI). Esta apología de la interpretación de los rastros es afirmada en el

características físicas». Situada al sudoeste de Europa, allí donde el continente comienza a estrecharse, ella es un cruce de caminos de influencias mediterráneas, oceánicas, continentales. Gracias a esta posición original, ella se beneficia con una gran diversidad geológica, climática y cultural (puesto que el país ha estado desde sus orígenes en el lugar donde se cruzan las grandes corrientes civilizadoras). Es por ello que «la palabra que mejor caracteriza a Francia es variedad». Esta variedad se expresa en la infinita diversidad de las regiones francesas, esos «países» cuya vitalidad ha hecho la fuerza y la grandeza del país entero. La importancia extrema que Vidal otorga a la vida local se refleja hasta en el mismo plan del libro, que obedece a un corte estrictamente regional, a fin de ayudar al lector —según sus propias palabras— a «penetrar en la intimidad de este ser geográfico» que es la nación francesa. Pero la elección de la perspectiva regional se explica también por el lugar privilegiado concedido al mundo rural. Las huellas dejadas sobre el suelo por las generaciones que nos han precedido constituyen las marcas más seguras de la memoria nacional, los fundamentos más legítimos de la «identidad de sí mismo». Como Renan, Vidal hace del arraigamiento un factor esencial de identidad nacional. «Las relaciones entre el suelo y el hombre están impregnadas, en Francia, de un carácter original de ancianidad, de continuidad. En buena hora los establecimientos humanos parecen haber adquirido firmeza». Habiendo sido el hombre «por largo tiempo el discípulo fiel del suelo» ha adquirido poco a poco «costumbres transmitidas y conservadas en los lugares donde ellas tuvieron origen».<sup>20</sup> Si la variedad del mundo rural francés no ha conspirado contra la unidad nacional, es, escribe Vidal de la Blache, porque «Francia opone a las diversidades que la asedian y la penetran su fuerza de asimilación. Ella transforma lo que ella recibe».<sup>21</sup> Para explicar este proceso vuelve nuevamente al mundo rural<sup>22</sup>. La asimilación, dice, es facilitada en Francia por el hecho de que en ella no se encuentran contrastes demasiado violentos. A nivel de paisajes, una gran «riqueza de gamas» permite enlazar sin tropiezos los polos opuestos. A nivel social, son los habitantes quienes juegan este rol de intermediarios, porque ellos son, a la vez, el punto de encuentro de diversas clases sociales (todas procedentes del mundo rural) y porque su apego a la tierra los hace los mejores garantes de la continuidad entre las generaciones. Pero la causa esencial de esta unidad nacional se debe al hecho de que más allá de la diversidad de la vida local, toda la población rural del país conserva el mismo apego ancestral a la tierra. Es ella la que ha transmitido «esa fuerza imperceptible que nos atrapa sin que lo sospechemos, que brota del fondo de nuestras costumbres y nos hace cada vez menos extraños unos de otros [...] Antes o después todos hemos adherido sucesivamente al contrato. Hay entonces una fuerza bienhechora, un *genius loci* que ha preparado nuestra existencia nacional y que le comunica algo sano». Gracias a esta larga relación con la tierra nutricia, «una atmósfera ambiente, inspiradora de modos de sentir, de expresiones, de giros

---

momento mismo en el que A. Bertillon inventa la "ciencia de la filiación", basada en la interpretación de indicios para identificar a los criminales y a los extranjeros. Sobre la importancia y la generalidad de esta nueva forma de ver, cf. C. Guinzburg, "Traces. Racines d'un paradigme indiciaire", en MYTHES, EMBLÈMES, TRACES, Flammarion, 1989, pp. 139-180.

<sup>20</sup> Ibid., p.1.

<sup>21</sup> Ibid., p. 39.

<sup>22</sup> Si se exceptúa el análisis sumario que consagra al desarrollo de la red vial.

del lenguaje, un género particular de sociabilidad ha envuelto a las diversas poblaciones que el destino ha reunido sobre la tierra de Francia. Nada ha hecho más por acercar los elementos.»<sup>23</sup>

Finalmente, en el momento mismo en que la sociedad francesa es afectada profundamente por la industrialización, la urbanización y la masa inmigratoria, el mundo rural aparece como una suerte de última muralla: «nosotros pensamos también que los grandes cambios de los que somos testigos no afectarían profundamente lo que tiene de esencial nuestro temperamento nacional» dado que la «robusta constitución rural que el clima y el suelo dan a nuestro país es un hecho cimentado por la naturaleza y el tiempo». Pero el geógrafo debe aportar su contribución al combate que se anuncia. Esto es porque «el estudio exhaustivo de lo que es fijo y permanente en las condiciones geográficas de Francia debe ser y convertirse más que nunca en nuestra guía.»<sup>24</sup>

En comparación con el texto de Renan, el tema del arraigamiento se ha convertido, en el *Tableau géographique* de Vidal de la Blache, prácticamente el único fundamento de la identidad nacional. La visión dialéctica, progresista, de Michelet ha dado lugar a una concepción estática, conservadora en el sentido exacto de la palabra, cercano a la problemática barresiana a «la tierra y los muertos».<sup>25</sup> Se puede ver un síntoma de esta fascinación por los orígenes y las permanencias en el hecho de que, para dar un ejemplo, Vidal moviliza un vocabulario totalmente ausente en el texto de Michelet: el vocabulario étnico de las ciencias humanas nacientes, sin duda para asegurarse su cientificidad, comienzan a utilizar más frecuentemente en las últimas décadas del siglo. Pero, a pesar de las referencias frecuentes al «viejo fondo étnico» de los «países» de Francia, a fin de cuentas hay como la confesión implícita de un fracaso. Esta «fuerza asimiladora», salida de las entrañas de la tierra, es definida finalmente como «un no se qué que flota por encima de las diferencias regionales. Esto las compensa y las combina en un todo y sin embargo las variedades subsisten, están vivas».<sup>26</sup> ¿Cómo se prueba la existencia de un «no se qué»? Vidal no ha respondido a esta pregunta.

En su obra, André Siegfried, que fue alumno de Vidal de la Blache, se esforzará por profundizar los análisis de su maestro, pero transportándolos a otro contexto disciplinario: la ciencia política que trata de conquistar su legitimidad científica a comienzos del siglo. Si es necesario decir una palabra sobre esta tarea, es porque ella jugará un rol en el desarrollo de la teoría política (especialmente en la historia de la relaciones internacionales y de los comportamientos electorales). En su tesis, que se presenta también como un *Tableau*, cuyo objetivo es contribuir a «esclarecer la compleja personalidad de la nación», Siegfried presenta un estudio muy detallado de los comportamientos políticos en el oeste de

---

<sup>23</sup> Ibid., p. 49.

<sup>24</sup> Ibid., p. 351. Sobre esta obra, cf. también el análisis de J.Y. Guiomar, "Le tableau de la géographie de la France", en P. Nora, *LES LIEUX DE MÉMOIRE*, Gallimard, 1985, t.3, vol. II.

<sup>25</sup> Tener en cuenta que Vidal de la Blache fue siempre republicano, dreyfusiano de la primera hora.

<sup>26</sup> Ibid., p.50. Subrayado por el autor.

Francia<sup>27</sup>. Demuestra que más allá de las vicisitudes de la vida electoral, los comportamientos políticos locales se mantienen estables. Es esto lo que prueba, según él, que detrás de las manifestaciones exteriores que no resultan dos veces semejantes, hay modos de ver y de sentir que persisten. Estos «modos» reflejan «temperamentos políticos que responden a esas profundas individualidades que son los países de Francia». Por esto que nos ocupa aquí, es necesario remarcar que el privilegio acordado a las «permanencias» y a las «raíces» no desemboca tampoco en explicaciones satisfactorias, ya que Siegfried se reduce para explicar ciertos comportamientos electorales a invocar «el misterio de las personalidades étnicas»<sup>28</sup>. Estos presupuestos tuvieron consecuencias muy graves en la continuación de su obra, y especialmente en sus trabajos consagrados a la inmigración. Convencido de que una cultura no puede adquirirse más que en la «larga duración», por la transmisión de caracteres étnicos de generación en generación, André Siegfried y su geografía política se muestran totalmente incapaces de comprender los fenómenos migratorios y los procesos de asimilación de las poblaciones inmigrantes. Es esta sin duda la principal razón que explica los análisis, por lo menos chocantes que Siegfried ha consagrado a esta cuestión. En su célebre libro dedicado a los Estados Unidos se atribuye la idea de una «crisis de asimilación», debida al flujo de los nuevos inmigrantes. Remarca principalmente que para los judíos, la asimilación «parece conseguirse rápidamente, sin dificultad; pero a la larga se constata que no ha sido bien lograda, que hay algo de inasimilación.»<sup>29</sup> La convicción profunda de Siegfried es que cada «pueblo», cada «raza», debe conservar su cultura. Constatando que, en América, los miembros de la segunda generación de inmigrantes tienen la tendencia a renegar de su cultura de origen para adoptar las normas dominantes, Siegfried ve en ello una pérdida irreparable para el patrimonio de la humanidad: «¿No significaron nada, sin embargo, las tradiciones de muchas de esas razas donde la familia queda como depositaria de una responsabilidad social? ¿No significaron nada esas filosofías de la vida nacidas de un contacto íntimo y prolongado con el suelo, maduras por siglos de experiencia y de irónica razón, como por ejemplo, la que hace la personalidad del hombre rural francés?»<sup>30</sup>

Para concluir este rápido panorama es necesario decir algunas palabras sobre la última obra de Fernand Braudel: *L'identité de la France*. El título, sobre el cual el autor dice haber meditado largo tiempo, corresponde al proyecto tal cual es expuesto en la introducción. Si no ha querido escribir una «Historia de Francia» es porque su objetivo ha sido estudiar el «hacerse cargo de Francia por ella misma», de dar cuenta de «un proceso, un combate

---

<sup>27</sup> A. Siegfried, TABLEAU POLITIQUE DE LA FRANCE DE L'OUEST SOUS LA IIIÈME RÉPUBLIQUE, A. Colin, 1913.

<sup>28</sup> Ibid., p. 364.

<sup>29</sup> A. Siegfried, LES ETATS-UNIS, A. Colin, 1928, p. 21. Sobre este aspecto de la obra de Siegfried, cf. también el capítulo que le dedicó P. Birnbaum, en LA FRANCE AUX FRANÇAIS. HISTOIRE DES HAÏNES NATIONALISTES, Seuil, 1993.

<sup>30</sup> Ibid., p. 29. Estas preocupaciones desembocaron en diversas obras concernientes a la «psicología de los pueblos», donde Siegfried combina la geografía vidaliana con los trabajos de H. Taine y de E. Boutmy que han abierto este campo de reflexiones a fines del siglo XIX. Sobre las diversas corrientes que, en Francia y en los países anglosajones han intentado desarrollar estas problemáticas, cf. P. Claret, LE NOTION DE PERSONALITÉ NATIONALE. ESSAI D'ANALYSE COMPARÉE DES THÉORIES MODERNES FRANÇAISES ET ANGLLO-SAXONNES, Tesis de Ciencias Políticas, Bordeaux, 1993, mecanografiado.

contra sí mismo, destinado a perpetuarse».<sup>31</sup>

Si se reconoce aquí el énfasis de Michelet abogando por una concepción abierta de la identidad nacional, Braudel, como Vidal de la Blache, toma esta cuestión como un objeto de investigación empírica, alimentado de múltiples trabajos realizados bajo el impulso de los *Annales* desde los años treinta. La influencia de la geografía vidaliana se hace sentir en el sentido acordado a la descripción de los paisajes y en la insistencia de demostrar la extrema diversidad de la vida local. Braudel se detiene mucho también en el lugar que ocupa el pasado en el presente. Sin embargo, más que el argumento del arraigamiento, es el rol jugado por las estructuras de larga, en verdad de muy larga duración que son, según él, decisivas. Braudel toma distancia en relación a Vidal de la Blache tanto en lo que se refiere al determinismo geográfico como al privilegio acordado al mundo rural. Es significativo que una parte esencial de su libro esté consagrada a la historia de las ciudades francesas.

Pero, en esta obra, no menos que sus predecesores, Braudel no alcanza a explicar verdaderamente el proceso histórico que ha permitido la unificación de la sociedad francesa. Antes de haber desarrollado su argumentación completa, parece ya resignado. Recordando que el objetivo de su libro es el de demostrar el «sistema constructivo de Francia», afirma rápidamente que «podemos decir de antemano que no se logrará plenamente en resultado: son demasiados siglos o cortos o frágiles. Estirados, se rompen.»<sup>32</sup>

### 3. POR UNA SOCIO-HISTORIA DE LA IDENTIDAD NACIONAL

La reflexión sobre la identidad nacional ha ejercido una verdadera fascinación en los historiadores franceses, desde Michelet hasta Fernand Braudel. Esto se explica por el hecho de que desde el Antiguo Régimen las luchas sociales que opusieron a los aristócratas y a los burgueses han sido concebidas como un combate que enfrentó a los descendientes de «razas primitivas» (los francos y los galos). De golpe, la nación francesa ya no podía ser definida como un dato natural remitida al origen de un pueblo. Era necesario entenderla como un resultado, como el producto de una fusión de razas primitivas. Pero es justo constatar que hasta aquí, ellos no alcanzaron a elaborar respuestas convincentes a esta pregunta<sup>33</sup>, refugándose muy a menudo en explicaciones metafísicas que han sido largamente explotadas en el plano político por los partidos nacionalistas. De pronto, es toda la reflexión histórica sobre la identidad nacional la que ha terminado por desacreditarse.

Si se deseara volver a darle algún crédito, dos obstáculos fundamentales, ligados a la manera en que el problema fue planteado desde el comienzo, deben ser superados. En primer lugar, es necesario abandonar definitivamente la metáfora de «personaje» que Michelet —apoyado obviamente en la ciencia de su tiempo— debió idear para conseguir plantear la problemática de la identidad. Postulando una equivalencia entre la personalidad y la nación, los historiadores del siglo XIX, en Francia como en Alemania, han construido el paradigma

---

<sup>31</sup> F. Braudel, *L'IDENTITÉ DE LA FRANCE*, op.cit., p. 17.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 112.

<sup>33</sup> Esto no quita nada, es necesario precisarlo, al valor de estos trabajos que han permitido a la ciencia histórica progresar de un modo considerable.

sobre el cual reposa siempre la historia política (el que traiciona el vocabulario que utilizamos todos los días hablando de la Francia que «piensa», que «decide», que «actúa»). Ciertamente, como lo ha subrayado Raymond Aron, «no es ilegítimo definir las naciones como *personalidades colectivas*».<sup>34</sup> Pero el hecho es que esta perspectiva no permite comprender cómo se formó la identidad nacional en el sentido en que ha sido tratada aquí. Al postular una equivalencia entre el individuo y la nación, la historia política considera, en efecto, como resuelta la cuestión que se trata de plantear: cómo los individuos extremadamente disímiles, en un primer momento, han podido integrarse en, e identificarse con, un colectivo nacional. La metáfora del «personaje» ha conducido a los historiadores deseosos de comprender la identidad nacional a partir de los postulados de la historia social, a visualizar a los individuos y a la nación como dos entidades separadas y abordar el problema en términos de una incorporación de los unos a la otra. Esta visión de las cosas ha sido fuertemente favorecida por la división del trabajo intelectual, que no ha cesado de profundizarse, hasta el período reciente, entre las ciencias sociales (concentradas en la *sociedad*) y las ciencias jurídico-políticas (especializadas en el estudio del *estado*). Es sorprendente constatar que ya Michelet había remarcado que, para rendir cuenta de la construcción histórica de la identidad francesa, era necesario establecer una relación entre esos dos universos, mostrando que la asimilación social era en gran parte resultado de un trabajo político. Pero cuando se hizo posible realizar investigaciones empíricas que hubieran podido profundizar y verificar esa hipótesis, este tipo de aproximación tropezó con el encasillamiento de las disciplinas universitarias. El hilo conductor que liga los trabajos sobre identidad nacional, desde Vidal de la Blache hasta Braudel, pasando paradójicamente por Siegfried, se encuentra en el rechazo a acordar un lugar significativo al estado en el proceso social de asimilación nacional. En esto reside, a mi criterio, la razón decisiva de su fracaso.

La dificultad reside en el hecho de que no es suficiente, para resolver el problema de reunir —como un cierto número de historiadores lo han hecho— lo que ha estado separado, recomponer una totalidad histórica yuxtaponiendo el «estado» y la «sociedad». El surgimiento del estado-nación trajo aparejado, en efecto, una *estatización* creciente y continuada de la sociedad. Y es en este proceso de estatización, el que constituye precisamente la principal «fuerza asimiladora» que Vidal de la Blache buscaba desesperadamente en la influencia bienhechora de la tierra. Es necesario, entonces, retomar desde esta perspectiva el tema de la «identidad nacional», partiendo de nuevas configuraciones interdisciplinarias, fundadas en la colaboración entre ciencias sociales y ciencias jurídico-políticas. Un cierto número de trabajos publicados en los últimos años han comenzado a explorar esta temática. Pero es indiscutiblemente la obra de Norbert Elias la que abre las más ricas potencialidades de renovación de nuestra reflexión sobre la identidad nacional. Elias ha mostrado, en efecto, que en las sociedades democráticas, regidas por el estado-nación, el individuo sólo puede tener una existencia social a condición de estar registrado oficialmente desde su nacimiento por el registro civil<sup>35</sup>. Así, desde el comienzo, los ciudadanos de las sociedades democráticas están no sólo ligados a su estado nacional, sino que su identidad personal es, en gran parte,

---

<sup>34</sup> R. Aron, PAIX ET GUERRE ENTRE LES NATIONS, Calmann-Lévy, 1962, p. 735.

<sup>35</sup> Cf. especialmente, N. Elias, LA SOCIÉTÉ DES INDIVIDUS, Fayard, 1991.

ella misma definida por ese estado<sup>36</sup>. Es él quien impone las reglas de filiación (un conjunto de nombres y apellidos), quien codifica los elementos que sirven para identificar las personas (la edad, el sexo, la nacionalidad...) y las define como productor, consumidor, asegurado social... Gracias a este proceso, el estado contribuye de manera decisiva a la formación de lo que Elias llama «el *habitus* nacional»: conjunto de disposiciones concientes e inconscientes, que estructura nuestra personalidad, imprimiéndole a la vez sus características individuales y colectivas (ligada a la pertenencia al grupo nacional)<sup>37</sup>. Tenemos aquí las hipótesis más preciosas para comprender cómo, históricamente, pueden anudarse las relaciones entre la identidad individual (yo) y la identidad nacional (nosotros), la identidad de sí mismo y la identidad de uno mismo<sup>38</sup>.

Traducción: *Jorge Morando*

---

<sup>36</sup> El Estado está definido aquí a partir del conjunto de agentes y de procedimientos que lo constituyen.

<sup>37</sup> J. Habermas precisa, en el mismo sentido, que en el marco del Estado-nación, la moneda y el derecho constituyen fuertes instrumentos anónimos de integración social que estructuran la identidad nacional sin que los actores sean verdaderamente conscientes de ello. Pero Habermas considera que este sistema está en competencia con otra forma de integración que sí pasa por la conciencia de los actores: es la que está constituida por el conjunto de normas, valores, procesos de comprensión que dominan en el seno de una sociedad nacional dada; cf. J. Habermas, "Citizenship and National Identity. Some Reflections on the Future of Europe", en Coloquio IDENTITÉS ET DIFFÉRENCES DANS L'EUROPE DÉMOCRATIQUE, Bruxelles, 23-25 mayo 1991 (texto no publicado).

<sup>38</sup> Es partiendo de estas hipótesis que en mis investigaciones empíricas sobre la historia del derecho de asilo, mencioné "la tiranía de lo nacional", para demostrar que en las sociedades democráticas el vínculo que nos une al Estado se transformó en una "necesidad imperiosa" (es este el sentido que *le Robert* da a la palabra "tiranía"). No se trata, entonces, en modo alguno de una "denuncia" de la nación como lo piensa Dominique Schnapper, "La nation et l'étranger", PHILOSOPHIE POLITIQUE, 3, 1993; cf. G. Noiriel, LA TYRANNIE DU NATIONAL. LE DROIT D'ASILE EN EUROPE, Calmann-Lévy, 1991 y en la misma perspectiva, G. Noiriel, "L'identification des citoyens. Naissance de l'état civil républicain", GENÈSES, 13, octobre 1993.